

—Porque no soy coqueta,—me respondió.—Os aconsejé que no os casáseis conmigo y no debía hacer nada que me realizase á vuestros ojos. No me escuchásteis, afrontásteis el peligro. La desgracia es irreparable é intento desplegar mis encantos, como decís, con objeto de hacerme agradable, al menos,... espiritualmente.

No fijé en aquellos momentos en la última palabra pronunciada ladinamente y con marcada intención. Toda la conversación debía haber, empero, llamádome la atención y hacerme meditar, pero id á meditar á las diez de la noche, al día de vuestro casamiento, y al lado de una mujer tan hermosa como la señorita Paula, y sobre todo, cuando el matrimonio aún estaba por consumar.

Al poco rato dejé de fijarme en lo que me decía, y no me ocupé más que de contemplarla y admirarla, hasta que de pronto, y perdiendo por completo la cabeza, la estreché entre mis brazos.

Se desasíó con mucha dulzura y calma, sonrióme con su más agradable sonrisa, llamó á su doncella y abandonó el salón.

Un cuarto de hora más tarde ví salir á la doncella del dormitorio y, á mi vez, me dirigí hacia la bienaventurada puerta que la víspera no había podido franquear y, seguro de que me estaban esperando, me limité á dar la vuelta al pomo.

VII

Y la puerta no cedió.

Como la víspera estaba corrido el cerrojo.

Entonces, llamé y nadie me respondió.

Repetí con impaciencia y obtuve el mismo resultado.

Hablé, grité, supliqué, mas todo fué completamente inútil.

Védme pues, querido amigo, pidiendo como una gracia que se me permitiese entrar en mi cuarto. Por que era mío, sin duda, pues no tenía otro, é independientemente de mi amor, era de justicia que yo pudiese dormir, en fin, en una verdadera cama.

Mis nervios estaban de tal modo excitados, que, contra mi caracter generalmente calmoso y frío, estuve á punto de enfurecerme y golpear de tal modo la puerta, que no tuviesen más recurso que abrirla.

Me contuvo el miedo al ridículo; no quería enterar á los criados de mis infortunios conyugales. Me limité á apoyar silenciosamente el cuerpo sobre la puerta con todas mis fuerzas con la esperanza de que cedería.

Trabajo inútil; ni siquiera percibí el más ligero rechinar; la obra de carpintería de mi casa era de excelente calidad y construcción, dicho sea en honor del casero.

¿Qué añadiré? Pasé esta segunda noche como la primera, excepción hecha, de que la fatiga venció en la lucha, y de cualquier modo, me dormí.

Me encontré al despertar, más sosegado de lo que hubiera creído, menos irritado con mi mujer y más dispuesto á excusarla. Después de haber reflexionado friamente sobre nuestro diálogo de la víspera, y, á pesar de ciertos detalles que me chocaran, creí, en conclusión, poder afirmar, que Paula, en lugar de ser una niña ingenua, ignorante de sus deberes, tenía, al contrario, ideas muy definidas acerca del matrimonio y pensaba, sin duda, que un marido debe tomarse el trabajo de conquistar á su mujer, y que era una prueba de delicadeza el que pareciese que aquél olvidaba sus derechos. En interés de nuestro amor, querría hacerse desear y entregásemme como amante antes de entregarse como esposa. Pareciéndola, en una palabra, algo injusto é ilógico el exigir que, en un día fijo, al salir del registro civil, una doncella, se eche en brazos de un

hombre, al que á penas conoce, y habría resuelto sustraerse á esta costumbre bárbara.

He aquí, amigo mío, los razonamientos que me forjé para explicar la conducta de Paula; únicamente me decía que mi mujer, debió dejarme adivinar su manera de pensar, y entonces, con conocimiento de causa, hubiese, cuando menos, arreglado de distinto modo mi casa y mandado poner otra cama en mi alcoba, en vista de mi prolongado celibato. Podía ser también que Paula no se diese cuenta de como pasaba yo las noches, y entonces era muy prudente darla siquiera una lijera idea de lo que era aquel sofá, muy estrecho y poco blando, convertido en mi lecho nupcial ó anti-nupcial.

—Este espectáculo—me decía—la tocará el corazón y la inspirará probablemente la buena idea de abreviar mi intolerable situación.

Después del almuerzo, reunidos otra vez, y mostrándonos los dos, como la víspera, de un humor admirable, la ofrecí el brazo y la propuse visitar nuestros dominios. Accedió de muy buena voluntad, y llevéla al tocador, donde hice que se fijase en que eran sillas los solos muebles de aquella habitación.

Contentóse con responderme, como una mujer económica y enemiga de excesos:

—Este mobiliario es suficiente por ahora.—Salidos del tocador fuimos á un gabinetito, contiguo al salón. Allí, hicéla observar uno de esos divanes circulares, adornado con botones al resalte, que se colocan en medio de las habitaciones, y donde pueden sentarse muchas personas, pero volviéndose la espalda, y díjela como de pasada:

—Ved un mueble elegante, de moda, pero que para dormir resultaría incómodo.

—Sí;—respondióme sonriendo maliciosamente—sería preciso acostarse rodeando el respaldo, y, esto es molesto.

Luego la hice penetrar en mi despacho, y, reanudando la conversación:

—Aquí,—la dije—ni siquiera es posible acostarse en redondo; ved; no hay diván, ni sofá...

—¿Y por qué?—me preguntó.

—Por la sencilla razón de que jamás me figuré acostarme en mi despacho y creí suficiente amueblar convenientemente las habitaciones en que debíamos hacer vida en común.

—Hicisteis mal, porque,—replicóme,—el despacho de un hombre casado, debe ser confortable y elegante. Los clientes, las visitas de cumplido, y hasta los amigos de la casa, que sean recibidos en esta habitación, deben formarse por ella, una idea del resto de la casa. Yo os aconsejaría que adquiriérais uno de esos muebles que he visto en algunas tiendas, los cuales, siendo diván de día, se transforman, por la noche en cómoda cama.

Mirela y sostuvo mi mirada sin bajar los ojos.

—Seguiré vuestro consejo, querida Paula. Voy á salir, para comprar hoy mismo, el mueble que indicais; por que ya veis, me es preciso, ¿dónde creéis que duermo desde hace dos noches?

—Pensaba, que dormíais aquí, en esta pieza; pero, la creía más bien acondicionada,—me respondió sin conmoverse lo más mínimo por mi brusca pregunta.

Esta frase me hirió y repliqué con bastante viveza:

—¿Tenéis, pues idea de encerraros cada noche?

—¡Oh!—dijo con dulce voz, apoyándose en mi brazo para volver al salón,—en lugar de preguntarme acerca de mis proyectos, seríais más amable adivinándolos.

Estas palabras vinieron á justificar mis suposiciones de la mañana. No me las había con una inocente ó colegiala, sino con una joven sumamente experimentada.

¿En donde había adquirido esa experiencia, esa ciencia de la vida, y esa coquetería que consistía en dejar en suspenso mis vehementes deseos? Quizás su madre la ha-

bría dicho: Si quieres ser amada durante mucho tiempo, hazte desear. Lo que de ordinario mata el amor en el matrimonio, es la facilidad de relaciones; buscando su dicha le es permitido á la muger casada, conducirse en su hogar, como una querida inteligente.

Pero no; la madre de Paula era demasiado buena muger y á más muy sencilla para dar semejantes consejos y, por lo tanto, en su tiempo, había debido tomar el matrimonio á la letra y cumplir sin discusión ni razonamientos, sus deberes y obligaciones. Unicamente podía ser la señora de Blangy, la que queriendo hacer partícipe á Paula de su esperiencia de muger casada, se atrevió á trazarla una línea de conducta.

Y bien, querido amigo, ¿querreis creerlo? no me irritaba entonces aquella influencia ejercida sobre mi mujer: mi estimación por la condesa, estimación que le tenía toda la buena sociedad, me ponía al abrigo de todo temor, y, además, ese qui jotismo, que conoceis en mí, no permitió admirar, que una mujer bien nacida, tal como lo era la condesa de Blangy, tuviese interés en pervertir, con perniciosos consejos, la pureza de una joven.

Además, lo confieso con sinceridad, aquella ciencia de la vida que descubriera en Paula, las resistencias opuestas á mis naturales deseos, lejos de asustarme, tenían para mí algun atractivo. La suma inocencia, lo sabeis perfectamente, solo es atractiva para los corrompidos ó los viejos. Los que, como yo, aun no han envejecido, se dejan en su mayor parte seducir por estos manejos de habil coqueteria; y no les asusta el encontrar una mujer con un poco de imaginación y picardía, y cuando pensamos en el matrimonio, no nos és difícil contraerlo con una viuda. Así pues, me felicitaba al ver en Paula las incontestables ventajas de la virgen, reunidas á cierta precóz esperiencia, debida á inteligentes consejos ó una intuición particular de la vida.

Esta posición de pretendiente, impuesta á un marido, tenía también mucho de orijinal y aguzó mi imaginación,

que, os lo confieso, había dormitado un tanto hasta ese día. Creo que si hubiera caído en manos de una joven vulgar, hubiese hecho, dado mi caracter, mi temperamento frio y cierta dosis de apatía propia de mi carácter, uno de los maridos más prosaicos y más burgueses.

Con Paula, al contrario, todo mi ser se despertó y abandonó poco á poco el letargo de los sentidos producido en mí, sin duda, por los escesivos trabajos intelectuales, á que me dediqué desde la infancia. Mi inteligencia siempre ocupada, mi espíritu siempre en tensión por estudios excesivamente abstractos, no habían dejado tiempo para que hablaste el corazon que latía entonces por primera vez quizás, y yo estaba orgulloso al sentir sus latidos.

Iba, en fin á vivir, y al realizar un sueño encantador; estar enamorado de mi mujer, tener una amante legítima, unir la fantasía y la razón, y, á reemplazar por una ardiente pasión, el amor que, á no estar Paula de por medio, hubiera dejenarado en dulce costumbre tranquila y hasta insípida.

Con esta esplicación, no extrañaréis pues, que transformáse con la mayor solícitud, mi despacho en alcoba. Dispúsela lo mejor posible para el alojamiento que en él me imponían, pero estaba dispuesto á usar de todas las seducciones de que la naturaleza podía haberme dotado, para abreviar aquella prueba.

VIII

Transcurrieron quince días, durante los cuales fui un modelo de paciencia, de discreción y de delicadeza. No exigía nada, ni pedía nada, ni dirijía ningun ruego directo.

Al vérsese tan platónico y reservado en mis relaciones con Paula, se hubiera podido creer que no habíamos pasado por la alcaldía, ni ante el clero de nuestra parroquia después de publicarse las correspondientes amonestaciones.

Hacia á mi mujer una corte de las más asiduas, pero sin permitirme jamás la mas lijera alusión á las esperanzas, que reconoceréis, querido amigo, tenía bastante derecho para concebir. Su reserva, por otra parte, igualaba á la mía, y, si es verdad que yo me impuse el deber de no pedir nada, debo confesar que ella, no ofrecía nada tampoco. No había yo adelantado pues ni un paso; creo, por el contrario, que iba perdiendo terreno.

Pensando en esto una mañana, y cuando me hallaba aún en mi cama de soltero, díjeme que una vez que la discreción no producía buenos resultados, sería tiempo para ensayar otros medios.

Si por casualidad, querido amigo, os extraña el ver que mi paciencia se acababa, os rogaré que os pongais por un momento en mi lugar. Pero tranquilizaos, que no os dejaré mucho tiempo en él, puesto que jamás me hicisteis ningún daño, ni tengo que vengarme de vos.

Veos pues, al lado de una mujer adorable, seductora bajo todos los puntos de vista y deseable como ninguna; estáis todo el día y á todas horas en continuo contacto con ella; os encanta, embriaga, enloquece... y cuando llega la noche... ¡ya sabéis el resto! ¿Qué pensáis de todo ello?

—Esta situación no es nueva,—me diréis quizás,—muchos se han hallado en casos casi análogos; se le hace el amor á una mujer durante muchas semanas y á veces hasta meses, sin obtener de ella por cualquier motivo, la merecida recompensa.—Estamos conformes, convengo en ello, pero la mujer á quien hacéis el amor, no es vuestra; en alguna ocasión lo es de otro; y razones poderosas pueden obligarla á retardar el momento de la caída deteniéndola al borde del abismo, mil temores, mil terrores ó es-

crúpulos de todo género y, si sus negativas y sus resistencias os ponen en un potro, al menos tenéis motivos para admitirlo todo y lógica para comprenderlo y hasta disculparlo.

Pero en el caso presente, os ruego que busquéis razones suficientes para explicar tan larga y exajerada resistencia. ¿Dónde estaban el miedo, los terrores y los escrúpulos? Por último: ¿dónde se encontraba el abismo?

Ni yo mismo sé porque pretendo convencerlos; sois partidario de mi causa, estoy persuadido de ello, y lo sois aun antes de oír mi defensa; y si os causo admiración debe ser por mi inalterable paciencia, que ya habréis calificado, estoy seguro, de debilidad ó inocente timidez.

Pues bien, á partir de mi décima sexta noche de boda, fui perdiéndola un poco y cada día un poco más. Bajo el imperio de una continua irritación, fué agriándose mi carácter, y yo, que creí largo tiempo carecer de nervios, padecí entonces una infinidad de sufrimientos nerviosos de los más crueles.

Este estado enfermizo no podía durar y puesto que no se hacía nada para adelantarse á mis deseos, me decidí á formularlos.

—¿Ya?—dijo ella sonriendo.

¡Ah! En la disposición de ánimo en que yo me hallaba, creo que, con un poco más, la estrangulo al oír aquella palabra.

¿Ya? ¿Pero no comprendía nada aquella mujer? ¿Es que no tenía ni corazón ni sentidos? ¡Creía haberme casado con un ser animado, y lo había hecho con una estatua!

Me contuve é intenté enternecerla, convencerla. Píntele con elocuencia el amor que por ella sentía; contele mis sufrimientos morales, el malestar físico que tanto me hacía padecer, y de que ella era la sola causa, y la supliqué que me tuviese compasión porque humanamente no podía resistir más.

Escuchome con mucha atención y pareció emocionarla

lo que oía; pero al rogarle que me dijese algo, guardó silencio.

¡Ah, amigo mío; hay silencios que hacen sufrir de una manera horrorosa!

—¡Hablad,—imploré,—hablad; decid lo que queráis, pero hablad, os lo suplico!

—No tengo nada que decir,—respondíome.

—Esplicadme vuestras resistencias y vacilaciones. Me comprometo á aceptar como buenas todas vuestras razones, pero dadme una, una sola, por caridad.

Tampoco respondió.

Entonces, furioso, abandoné bruscamente el sofá en el que me hallaba sentado á su lado, y fui á buscar mi sombrero para marcharme. Estaba de tal modo excitado ante aquel obstinado silencio, y todo mi sistema nervioso había llegado á tal grado de irritación, que temí entregarme á cualquier arrebató si permanecía allí.

Sí, una palabra viva se escapa facilmente, ó un gesto demasiado brusco se hace sin pensar, y las mujeres saben, con gran destreza, sacar partido de semejantes vivacidades. No confiesan jamás que tienen la culpa, ni que os llevaron á tal extremo y que cometen la primera falta. Olvidan á maravilla las frases agrias que os lanzan, sus intencionadas reticencias y los mil alfilerazos que os clavan en el corazón; pero se acuerdan toda la vida de la última y más insignificante frase que se escape de nuestros labios, del gesto algo significativo que nos hemos permitido, para convertirlo en un arma terrible contra nosotros.

—¡Sois un hombre brutal!—dicen en un caso de esos.—
¡Todo ha concluido entre nosotros!

No quería exponerme, como comprenderéis, á que mi mujer pudiese decirme: «Todo ha concluido», cuando nada había empezado; pero ante el temor de no poderme contener, dí algunos pasos hacia la puerta.

Pero luego, retrocediendo de pronto:

—Escuchad,—la dije,—no queréis contestarme ahora á

lo que os preguntaba, sea. No hablemos más. Solo os pido una cosa: que me digáis cuando cesará la prueba á que me sometisteis, y os juro por mi honor que aguardaré ese momento, sin quejarme, por lejano que esté. Pero fijadme una fecha; no me tengáis en esta incertidumbre en que vivo, y que irrita y me mata. Tened compasión de mí, porque no os ofendí nunca, y os amo y os deseo ardientemente. ¿Es esta una falta á vuestros ojos? ¿Es acaso un crimen que debo expiar? Vamos, sed buena; dejaos vencer por mis súplicas... ¡por mis lágrimas, sí, por mis lágrimas! ¡Vedlo; lloro como un niño! ¡Esto es más fuerte que yo... sufro tanto!

Quizás, á punto de dejarse conmover, separó con dulzura mis manos que intentaban asirla, se puso en pié, y dejándome clavado en la silla con una mirada, en la que yo creí leer una amenaza que me hizo temblar, se retiró á su habitación.

En el mismo instante oí un ruido que me era muy conocido: el del cerrojo al correrse.

Al llegar á este punto me interrumpis, querido amigo, para decirme:

—¡Pero, desgraciado! ¿por qué no arrancáis ese cerrojo que tanto os fastidia y estorba? ¿No estáis en vuestra casa?

Esperad: ese pensamiento que se os ocurrió, debía ocurrirse á mí también. Había pensado ya que tenía que llevar á cabo un acto autoritario. Mis ruegos, mis solicitudes y mis lágrimas, desde el momento en que eran inútiles, debían, lo sabía bien, rebajarme á los ojos de Paula. Las mujeres, en tesis general, no aman á los hombres que se humillan y las suplican. Los ruegos sólo hacen efecto, cuando están de acuerdo con sus secretos deseos.

Pueden entregarse, quizás, por bondad de alma; pero no aman nunca por caridad. La mendicidad está prohibida en la provincia del amor.

Tenia, pues, que tomar un partido enérgico, bajo la pena de perder todo mi prestigio en el espíritu de Paula.

Aquella tarde, después de la comida, me propuso que la acompañase á casa de la señora de Blangy, á la que no había visto hacia dos días. Acepté, más al llegar á la puerta de la condesa, pretexté una súbita jaqueca, que me obligaba á tomar el aire, por lo cual la dejé sola en casa de su amiga, prometiéndola volver á buscarla.

Apenas me hube separado de ella, regresé precipitadamente á mi domicilio; penetré en el cuarto de Paula, quité, uno por uno, todos los tornillos del odiado cerrojo con un instrumento que adquiriera durante el día, partí cada tornillo, dejando solo las cabezas y aseguré otra vez el cerrojo de un modo ficticio, aprovechando los mismos agujeros que antes había y las cabezas de los tornillos.

Paula no podía apercibirse de mi estratagema; el cerrojo quedó aún bastante sólido para poderse correr, pero las cabezas de los tornillos, sostenidas solo por un pedacito de rosca, debían ceder á la menor presión hecha desde la parte de afuera.

Cuando una hora después fui á reunirme con mi mujer, la encontré en el tocador de la condesa, medio tendida sobre un diván al lado de su amiga.

Por más que mi llegada era cosa prevista se me figuró que había sorprendido á aquellas señoras y más tarde pensé que llegué en el preciso instante en que iban á cambiar sus confidencias; los ojos de Paula estaban húmedos y cansados como de haber llorado, y noté más animación en el rostro de la condesa.

Acompañando á mi mujer, y luego en nuestro salón, excuso decirnos si renovaríamos mis súplicas de los días precedentes. ¡Hubiera sido tan dichoso al no tener que recurrir á medios extremos, y dejarla ignorar siempre de los trabajos de cerrajería que acababa de practicar!

Pero se mostró más fría, más seca, más indiferente que nunca.

Si me hubiese dirigido una sola frase de esperanza, mirado una sola vez con ternura, ó prometido algo, aunque de una manera tácita, renunciara yo á mis designios.

Pero nada; ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada. Parecía que aquella noche ni siquiera advertía que yo la hablaba y que estaba á su lado; jamás la ví tan despegada ni tan ensimismada.

Nada, pues, podía detenerme. La dí las buenas noches, y penetré en su habitación. Dejé transcurrir una hora, para que tuviese tiempo para desnudarse y quedarse dormida.

Después, tembloroso, febril, pálido como un malhechor, me dirigí hácia la puerta de su alcoba.

Como lo había previsto, el cerrojo cedió y la puerta abrióse sin ruido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

IX BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Entré.

¡Pero cual fué mi sorpresa al ver á mi mujer vestida como una hora antes y leyendo ante la chimenea!

Volvióse indolentemente, al oír el ruido que yo había hecho, y me dijo con gran calma:

—Os estaba esperando.

Conseguí dominar mi emoción, y, apoyándome en la chimenea frente á Paula, dije á mi vez:

—Y ¿por que me esperábais?

—Por que el cerrojo de mi puerta, cayendo á mis pies en el momento que lo corría, me reveló vuestros proyectos ¿no es cierto que sois vos el que se ha dedicado á esos trabajos de ladrón ó de amante?

—O de marido,—contesté,—aunque estos raramente se ven obligados á emplear semejantes medios. Sí, yo fui.

—¿Lo confesáis?

—Lo confieso—respondí con firmeza.—Mi papel aquí es ridículo, y he resuelto no continuar representándolo.

—¿Qué esperábais, pues, si yo no hubiese advertido vuestra estratagema?

—Probaros mi amor.

—¿Haciéndome violencia?—replicó Paula sonriendo con desdeñosa expresión.

—Sí; haciéndoos violencia, si me hubiéseis rechazado; pero Dios me es testigo, de que antes de llegar á este extremo lo intenté todo para enterneceros. Ni mi paciencia, ni mi delicadeza, ni mis ruegos consiguieron conmoveros.

—Creed que en este momento estoy más conmovida que nunca.

—No sabéis nada; de todos modos, vuestra conducta de esta noche me indignó y, os declaro, para que no vuelva á repetirse el caso, que en adelante todas vuestras tentativas serán inútiles.

—¡Ah! ¿Y es mi conducta de esta noche la que hace que toméis esa determinación?

—Sí.

—¡Eso no es verdad!—exclamé con violencia—hasta hoy no tenéis nada que echarme en cara: os colmé de atenciones, de cuidados, de desvelos, y no tuvisteis compasión de mí ¿Qué motivos tenéis para obrar con ese rigor? ¡Quiero saberlo!

Paula no me contestó y entonces yo, presa de una excitación nerviosa imposible de describir, la cogí por las muñecas, se las apreté con fuerza, haciéndola levantar y la dije:

—¡Responded, lo exijol

—¡Me hacéis daño!—dijo.

—¡Respondedme, quiero que respondáis!

—¡Pues bien; nó, no responderé! Jamás la violencia

será una razón para mí; no me conocéis aún. Aprended á conocerme; esto os servirá para el porvenir. Lo que quiero, lo quiero con toda mi alma; lo que no quiero, no puedo jamás consentirlo. Vuestra fuerza se gastará contra mi voluntad y esponéis á sostener una lucha inútil.

Mientras tanto que Paula se expresaba con esta dureza y cada palabra suya se me clavaba en el corazón, ¿lo creéis amigo mío? mis ojos no se saciaban de contemplarla y admirarla.

Sus largos cabellos, destrenzados, caíanla sobre los hombros, veía palpar su pecho por entre la abertura del corpiño que apenas lo cubría; sus ojos tenían unos ardorss que yo no conocía, y, á través de sus labios más rojos, más sensuales que nunca, aparecía la encantadora dentadura, que la colera hacía entrechocar.

—¡Ah, que hermosa eres!—exclamé con pasión, y, olvidando cuanto me dijera, junté sus dos manos en mi izquierda, y teniéndolas sujetas, traté con la derecha de aproximar su cara á mis labios. Pero luchó con tanta energía y desplegó tanta fuerza para sustraerse á mis ataques, que consiguió muy pronto escaparse de mis brazos, mientras que yo, rendido y quebrantado me desplomaba en el sillón en que había ella estado sentada antes.

Entonces, como mofándose de mi derrota, se cruzó de brazos y me dijo:

—¿Creéis aún conseguirme por la violencia?

—¡Me odiáis!—esclamé trastornado y con las lágrimas en los ojos.

Esto es lo que pasa en la mayor parte de las crisis nerviosas; el enternecimiento sucede á la cólera.

La extraña joven, conmovida acaso al ver mi dolor, enternecida, sin duda, como yo lo estaba por la lucha que acababa de sostener, tomó un taburete, acercólo á mi butaca y sentándose, me dijo:

—No, no os odio.

La miré; sus ojos habían recobrado la expresión en ellos habitual, tiernos y cariñosos.

—¿Si es así, si no me odiáis, porque me hacéis sufrir de este modo?

—No me interrogéis sobre este punto,—me replicó con dulzura—os aseguro que no puedo responderos. Pero, lo juro, lejos de odiaros, siento por vos una verdadera afeción; aprecio todas vuestras cualidades, os estoy agradecida por todas vuestras deferencias, y, para seros franca, os confieso que no os guardo rencor por vuestras tentativas de esta noche, y vuestras violencias de hace un momento. Soy demasiado inteligente, creedme, para no explicármelas y excusarlas.

—¿Y por que—la dije—no me hablasteis con tanta dulzura y razonando así?

—Por que tuve miedo de que os equivocáseis acerca la naturaleza de los sentimientos que me inspiráis y de alentar un amor al cual no sabría como corresponder.

—Estas últimas frases, querida Paula, no están de acuerdo con lo que digisteis hace un momento. Si reconocéis que poseo ciertas cualidades, si sentís por mi una verdadera afeción, puedo confiar que...

—No, no,—dijo interrumpiéndome con vivacidad—no debéis esperar nada, y este es el motivo justamente por el cual vacilé antes de abriros mi corazón: tenía los razonamientos que expusisteis.

—Confesad que son muy lógicos.

—Muy lógicos, convengo en ello; y á no ser por eso, jamás los habría temido.

—No os comprendo.

Paula guardó silencio.

—Veamos,—continuó, queriendo aprovecharme de las buenas disposiciones en que parecía encontrarse,—tened confianza en mi ternura. No es el marido el que os habla, y de todos modos lo soy bien poco, es un amigo, que os tratará con exceso de indulgencia. Puede que tengáis

en el fondo del corazón uno de esos amores de niña, entre primos, por ejemplo, amores á los cuales se dá una importancia exajerada. Pues bien, si es eso, lejos de echároslo en cara, os trataré como á una niña enferma, os prodiré mil cuidados y esperaré á que estéis curada.

—No,—respondióme—no es eso.

—Entonces buscaré y...

—No encontraréis. Es preferible para vos que no encontréis. Decíos: «será lo que sea» y tomád vuestro partido.

—Partido imposible de tomar, querida, soy vuestro marido, al menos legalmente, aunque no lo soy de hecho.

—Nuestro casamiento no dependió de mi; os empeñásteis en realizarlo contra viento y marea. Apelo á vuestros vuestros recuerdos: me encontrasteis por la primera vez, una tarde en los Campos-Eliseos; ¿volví la cabeza para miráros? ¿Tenéis que reprocharme alguna coquetería? No. Fuisteis á casa de la señora de Blangy; la hablasteis de vuestros proyectos... ¿que os respondió?—«Paula no os conviene, renunciad á ella»—A pesar de esto os hicisteis presentar en mi casa; os captasteis las simpatías de mis padres... ¿podía yo cerraros las puertas de una casa en la que no era la dueña? Me contenté con daros pruebas de una frialdad que no sentía, por que, lo repito, me fuisteis simpático desde el primer día. Transcurrieron tres semanas y pedisteis mi mano. Toda mi familia se puso de acuerdo para persuadirme de que me conveníais bajo todos aspectos y no lograron convencerme, y hasta yo misma estaba de ello convencida. Resistí, sin embargo, y mi padre, que me había visto rechazar á tres pretendientes sin dar un pretexto plausible, comenzó á incomodarse y á amenazarme con el convento. ¡El convento! ¡Verme encaustrada á los veinte años, yo, yo que no tengo ideas religiosas!—Tuve miedo y acabé por decir á mi padre:—«¡Hágase vuestra voluntad!»—Pero á vos os dije:—«Renunciad á este casamiento; yo no puedo negarme, pero vos podéis

retiráros. Merecéis ser dichoso y yo no puedo contribuir á vuestra dicha.» En lugar de fijar vuestra atención en mis palabras, no les disteis la importancia necesaria; empeñándoos en tomarme por una niña que desconoce por completo la vida, y con esa fatuidad propia de algunos hombres, no dudasteis que os haríais amar y os casasteis. Juzgad vos mismo: ¿fué la falta mía? ¿Podéis echarme en cara lo que os sucede?

—Entonces,—repliqué después de un rato de silencio;—por haberos amado hasta el punto de desoir todas las advertencias, héteme condenado á perpetuidad al más espantoso de los suplicios: al de Tántalo.

Tomóme Paula una mano, que no tuve valor para apartar de la suya, y me dijo:

—Ese suplicio no será tan penoso como pensáis, porque sabré mitigarlo á fuerza de ternura. Si yo no os amo tal como quisierais ser amado, tampoco amaré á nadie. Lo juro, porque sois el solo hombre que pudiera haberme gustado. No tendréis que reprocharme ninguna coquetería para con vos, ni para ninguno de los amigos que pudierais presentarme, y mi vida, si así lo deseáis, se deslizará entre mi madre, vos y la condesa de Blangy. El mundo puede creer el marido más dichoso y amado, tantas serán las pruebas de cariño que os daré y los cuidados de que os rodearé. En fin, seré para vos la más cariñosa y la mejor de las hermanas.

Reflexioné durante largo rato acerca de todo cuanto había oído; procuré considerar con frialdad la situación en que quería colocarme mi mujer, pero, de pronto, empezó á hervir mi sangre, se sublevó mi carne, y levantéme exclamando:

—No; jamás aceptaré el trato que me proponéis. Os amo con pasión, con delirio, y no podría vivir á vuestro lado como un hermano. Me casé con vos para que fuesséis mi mujer, y es preciso que lo seáis.

—¡Ah!—replicó Paula.—¡Bien me decían que todos los

hombres son egoistas y materiales! ¡No valéis más que los otros! Pues bien; os lo repito: aceptéis ó no lo que os propongo, jamás seré vuestra. Lo he dicho, y os suplico, entretanto, que me dejéis; tengo necesidad de reposo, estoy fatigada y creo que, aunque tengáis pretensiones de ser marido, me imagino que no pensaréis convertiros en un tirano.

X

Paula se equivocaba. Me convertí en tirano.

¿Qué miramientos tenía que guardar? ¿Me había dado alguna esperanza? ¿Podía yo pensar que con el tiempo triunfaría de su resistencia y llegaría á conmover su corazón? No; habíase explicado sobre el particular con la mayor claridad y hubiera sido yo un insensato haciéndome nuevas ilusiones. Estaba condenado sin apelación y sin esperanza alguna de indulto á perpetuo celibato.

Me convertí, pues, en un tirano, pero tirano sin convicción, sin firmeza, con intervalos de furia y bruscos retrocesos á la dulzura y mansedumbre. Fué una tiranía intermitente.

¡Ah, querido amigo, no me reprochéis mi debilidad ni mi falta de energía! ¡Es tan difícil tener un rigor continuo con la que se adora!

Mi primer acto de autoridad fué ocuparme de la cuestión cerrojo.

—¡Trabajo perdido!—me diréis.—El trabajo de cerrajero á que os dedicásteis durante el día... ¿de qué os sirvió?

No era la puerta del cuarto la que debíais descerrajar, si no el corazón de vuestra esposa!

Tenéis muchísima razón. Pero no pudiendo vencer las resistencias morales, me complacía en vencer las materiales. No quería que se levantasen barricadas en mi casa y quería entrar, siempre que se me antojase, en el único dormitorio de que disponíamos.

Cojí del suelo el cerrojo caído y guardelo en mi bolsillo.

¡Cosa extraña! El mismo día y sin que entrase obrero alguno en mi casa, pude ver un nuevo cerrojo, de los llamados de seguridad, ocupando el sitio del antiguo. ¿Quién lo había puesto?

Indudablemente, mi mujer, sin decir una palabra arreme de mi destornillador, y deshice lo hecho.

Al otro día apareció un nuevo cerrojo, que siguió la suerte de los otros dos convirtiéndome yo en coleccionador. Mi mujer no cedió hasta el séptimo; debió, sin duda, agotar el surtido del quincallero de la vecindad.

Por fortuna nuestra, todas estas operaciones quedaban entre nosotros, y se sucedieron lejos de las indiscretas miradas de los criados. Para estos continuábamos siendo el matrimonio más feliz de la tierra, tanto era lo que procuraba Paula colmarme de atenciones delante de ellos.

Jamás una palabra, ni un gesto, pudo hacerles adivinar nuestras querellas intestinas. Me complazco en tributar homenaje á la señorita Giraud: es el único que puedo tributarla.

¿Usó luego alguna estratagemas para reemplazar su séptimo cerrojo? ¿Encontró manera original de fortificarse y sustraerse á cualquiera visita intempestiva? Durante largo tiempo no lo supe. El resultado de mi primera campaña me hizo reflexionar; vacilé mucho antes de exponerme á una nueva derrota y me encerré en mi tienda como el cazador que se ha visto burlado varias veces por una pieza, y se retira, por temor á una decepción mayor.

Este acceso de timidez, de amor propio, de dignidad, de cobardía, llamadlo como queráis; pues creo que había un poco de todo no podía, sin embargo, durar.

Debía acudir á mi pensamiento (y al pensamiento de cualquiera cualquiera que se hallase en mi lugar) á idea de que no debía resignarme con mi triste suerte sin haber dado una batalla decisiva. La noche de mi derrota combatí á mi enemigo que estaba en guardia. El cerrojo, caído de repente sobre la alfombra, anunció mi próxima llegada, como una detonación, oída en las trincheras, anuncia á los sitiados un próximo ataque.

Paula, pues, habíase armado de punta en blanco, preparando sus baterías, y, cuando cometí la imprudencia de aparecer, disparó todas las piezas y caí magullado bajo sus fuegos. Tratábase esta vez, de sorprender durante la noche al enemigo, cuando durmiese y se hubiese despojado de sus armas y todos sus aprestos guerreros.

Estaba decidido á no conceder ni gracia ni cuartel; á no dejarme enternecer ni por sus gritos, ni por sus amenazas, ni por sus ruegos; á mostrarme resuelto y enérgico en cuanto cabe; y á conseguir una de esas victorias, tan brillantes y decisivas que la historia perdona siempre al vencedor los ardides de guerra que empleó para lograrla.

No sin cierta emoción, ví aproximarse la hora fijada por mí para la gran batalla; pues sabía que ésta tendría una importancia capital. Cuando dos adversarios pelean en campo cerrado, con armas iguales, y á la luz del sol, el vencido no se siente humillado; puede enviar un nuevo cartel de desafío y se le debe admitir. Pero cuando se ataca nocturnamente á un enemigo sorprendido y desarmado, se debe vencer ó renunciar á una lucha imposible.

Así es que no descuidó ningún detalle para asegurarme un triunfo brillante; escogí la hora y llevé mi nimiedad hasta procurar adivinar la táctica que mi adversario po-

dría oponerme, el género de defensa que pondría en juego y las astucias con que se defendería de mis ardides.

Aquella noche, mi mujer se retiró á eso de las once: imítela y pasé á mi gabinete. Estuve durante largo rato esperando á que cesase todo ruido en la casa y á que apagasen todas las luces: después, hacia la una de la mañana, atravesé sigilosamente el salón y entré en la cámara nupcial, sin encontrar el menor obstáculo. La puerta, al cerrarse, no produjo el menor ruido. Una lámpara de luz opaca, suspendida del techo, derramaba alrededor mío una luz tenue y misteriosa. Mis miradas se fijaron en el lecho.

Paula dormía. Su cara estaba vuelta hacia mí; uno de sus brazos, desnudo, curvado graciosamente, descansaba sobre la almohada. La sábana, que la cubría de una manera imperfecta, hacía que se dibujasen todos los contornos de un cuerpo admirable. Pero no insistamos por adelantado: con el traje propio de aquellas horas, en pie en medio de la alcoba, expuesto á cojer un constipado, me pareció el momento poco oportuno para entretenerme á mirar á mi mujer tendida voluptuosamente en mis dominios.

¿No debía yo recónquistarlos lo más pronto posible é instalarme allí como dueño, antes que despertase la usurpadora?

Me decidí á tomarlos al asalto. Esto no era cosa fácil; la cama era una de esas buenas y elevadas camas, que tanto gustaban á nuestros abuelos, y á las cuales no era tan fácil subir.

Tenía pues que dar una zancada; pero como obedecía á un plan determinado de antemano, no podían detenerme obstáculos.

De pronto, cuando mi pierna derecha había ya franqueado los listones de la cama, y buscaba un punto de apoyo en el colchón de muelles, en el que debía reunirse le la pierna izquierda; cuando, en fin, estaba hasta cierto

punto suspendido en el aire, oí una carcajada, pero una carcajada tan sonora, que me hizo perder el equilibrio y caer á pies juntillas sobre la alfombra.

Paula no había hecho el menor movimiento; su brazo continuaba rodeando la cabeza, sus piernas se cruzaban graciosamente... pero sus negros y expresivos ojazos, estaban abiertos y fijos en mí, y ¡se reía, reía!

Decidme, tomé empuje y me lancé al lecho. De un salto me planté al pie de la cama.

Vedme, pues, amigo mío, en semejante postura, con el traje que supondréis, alto como soy, con la cabeza medio oculta entre los cortinajes, y no dudo que me encontráseis bastante ridículo. ¡Y decir que aún tenía que franquear la distancia de los pies de la cama á la cabecera!

Emprendí aquella expedición y Paula seguía riendo. Me encorvé, levanté las ropas de la cama, las volví á extender sobre mí y me tendí cuán largo era. ¡Ah, qué camal! ¡Qué anchísima era! Tanto, que habría podido ocupar mi puesto en ella, sin que Paula tuviese que retirarse; ¡y qué blanda era, y qué buen gusto tuve al comprarla!

Paula ya no se reía; me miraba. Mirábala yo también, pero sin atreverme á moverme de mi sitio. ¿No era dueño de la situación? ¿No tenía asegurada la victoria? ¡Pues bien, no; no la tenía! Estaba yo preparado á todo, excepto al obstinado silencio de mi mujer, y á su glacial impasibilidad. Habíase me figurado encontrar un adversario que se iba á echar á llorar, insultándome, quejándose y resistiéndose, en fin, y estaba preparado para la lucha y seguro del éxito.

Pero aquellos ojazos que me miraban con obstinada fijeza; aquellos labios cerrados con dureza; aquel cuerpo insensible, inerte, hasta cierto punto inanimado, me dejaron frío. Mi resolución y mi firmeza se desvanecieron. ¡Oh, sabía Paula perfectamente lo que se hacía! La debían haber

indicado la conducta que debía seguir conmigo en caso semejante. Puede que se la dijera.—«Cuanto más enamorado está un hombre, más fácilmente se impresiona; cuanta más tensión hay en sus nervios, más fáciles son de distender á la menor conmoción nerviosa. Una emoción muy viva puede convertir á un atleta en un niño. Vuestro esposo os prohíbe cerrar con cerrojo vuestra puerta; obedeced, dejadle penetrar en vuestro cuarto, y dormid completamente tranquila, pues nada tenéis que temer de él. Por sí mismo reconocerá la inutilidad de sus visitas clandestinas, quedárase avergonzado y corrido de su derrota, no querrá hacer un papel ridículo á vuestros ojos.»

La persona que se atrevió á decirle esto á Paula, tenía razón. Conocía á fondo las deficiencias de nuestra pobre naturaleza humana, sus desfallecimientos y sus desalientos.

Desde entonces, no penetré más en el cuarto de mi mujer, y, cosa extraña, no me atreví tampoco proferir ni una queja; ¿acaso no tenía sus puertas abiertas de par en par? ¿Le extrañó acaso mi intempestiva visita? No; sólo podía echarle en cara la frialdad del recibimiento; pero esta frialdad, debía yo haberla vencido y no supe hacerlo. Estaba verdaderamente desesperado. No me quedaba ninguna esperanza, ningún recurso.

Hábame preguntado otras veces si no sería conveniente confiar mis penas á la señora Giraud, y si podía permitirme decirla:

—Señora: Cuando me concedisteis la mano de vuestra hija, no lo hicisteis para que viviésemos separados, y lo estamos; usad de vuestra influencia para con ella y hacedla comprender que el matrimonio no es voto de castidad.

Pero ¿qué habría pasado? La señora Giraud hubiera interpelado á su hija, y ésta respondido (caso de dignarse contestar, que todo podía ser):

—Mi marido es un calumniador: sí, por un sentimiento de pudor exagerado, le cerré algunos días mi cuarto, dejé

ya de hacerlo. Nada le impide entrar y entra cuando quiere. Si no se encuentra allí á gusto, culpa suya es y no mía; soy yo la que debía quejarme.

Con esto terminaba la conversación y la señora Giraud nada tenía que replicar. Una sola persona, por su excesiva sutileza, por su experiencia de la vida, originalidad de carácter y, sobre todo, por la verdadera influencia que ejercía sobre Paula, hubiera podido dirigirle algunas observaciones y hacerla comprender que todas las faltas no eran mías; sino, hasta cierto punto, consecuencia de las suyas. Pero vacilaba antes de mezclar la condesa de Blangy en mis asuntos caseros, y tomarla por confidente en mis desgracias domésticas. Temía su mordacidad, su carácter burlesco, los alfilerazos que no dejaría de clavarme y hasta su manera de mirarme con los lentes.